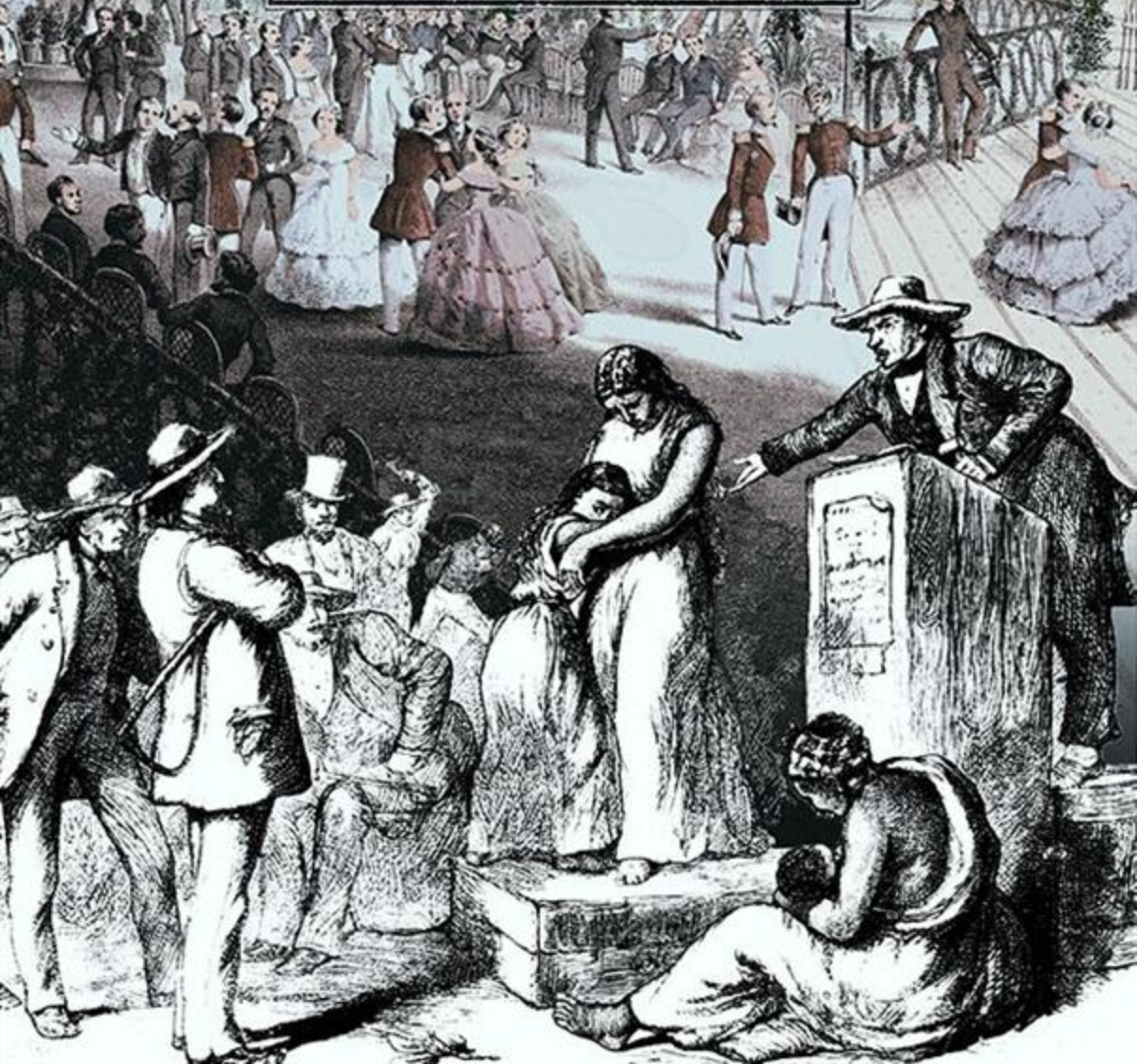


CECILIA VALDÉS
O LA LOMA DEL ÁNGEL
CIRILO VILLAVERDE

Edición anotada
por Reynaldo González y Cira Romero



CECILIA VALDÉS O LA LOMA DEL ÁNGEL:
IDAS Y VUELTAS DE UNA NOVELA

Pocas veces ocurre: la semilla de una obra, enriquecida y modificada con el paso del tiempo, marca el inicio y la cima de un género. Sucedió con la llamada «primitiva» *Cecilia Valdés* de 1839, que ese mismo año, al editarse como libro (primer tomo no continuado), amplía su título: o *La Loma del Ángel*, alboreo de la narrativa en Cuba, y se torna cumbre con la aparecida en 1882, con título invariable. Cirilo Villaverde, fundador de ese linaje literario por entonces apenas esbozado en la Isla pero de larga tradición en Europa, formó, junto con Ramón de Palma, Anselmo Suárez y Romero, José Antonio Echeverría, Pedro José Morillas y otros, el grupo de cultivadores que a finales del tercer decenio del siglo insinuó el cuerpo definitivo de este modo de expresión literaria. La novela recién nacida, abrigada por lecturas de Walter Scott, Manzoni, Chateaubriand, Víctor Hugo, Balzac y Fenimore Cooper, desde sus inicios exploraba algunas de las problemáticas más acuciantes de la sociedad colonial cubana: la de la esclavitud en primer lugar –la *Autobiografía* del negro esclavo Juan Francisco Manzano es ejemplo cenital–, pero no daba la espalda a sucesos menos trascendentes, también importantes para la época, como la epidemia que azotó la Isla en 1833 –*El cólera en La Habana*, de Palma–, rozando con pinceladas costumbristas la cotidianidad de una nación en germen.

Parejo a la fundación de revistas literarias –*Miscelánea de Útil y Agradable Recreo* (1837), *El Álbum* (1838-1839), *El Plantel* (1838-1839), *La Siempreviva* y *La Cartera Cubana* (entre 1838 y 1840), se pergeña una amorfa e imprecisa prosa de ficción, aunque por momentos con ciertos amagos de plenitud, a la cual contribuyó Cirilo Villaverde con sus narraciones iniciales. En la primera de esas revistas publicó, entre agosto y septiembre de 1837, cuatro historias truculentas, concebidas con una base histórico-legendaria adaptadas a nuestro medio: «El ave muerta», «La peña

blanca», «El perjurio» y «La cueva de Taganana», conjunto donde se advierte una notable desigualdad y se aprecia una discreta evolución del narrador en ciernes. Ramón de Palma aventuró que «desde el descubrimiento de la isla de Cuba hasta la fecha, ningún otro habanero, que sepamos, sino el señor Villaverde, ha publicado una colección de novelas originales».¹ En nuestros días, un crítico de mirada sagaz, Roberto Friol, sostuvo que las líneas decisivas de la novela cubana partían de aquellos relatos de Villaverde.²

Casi todas esbozan pasiones sexuales conducentes al incesto o al fratricidio, e incluso acuden a pesadillas negrófilas.³ A estos primeros «ensayos» de novelas, más cercanos a lo que hoy consideramos cuentos, le siguieron, del propio Villaverde, «Engañar con la verdad» (*El Álbum*, mayo, de 1838), «El espetón de oro» (*El Álbum*, julio de 1838), considerado su primer gran triunfo literario,⁴ «Amoríos y contratiempos» (*La Cartera Cubana*, enero de 1839), «Una cruz negra» (*La Cartera Cubana*, enero y julio de 1839), «Lola y su periquito» (*Obsequio a las Damas*, 1839) y «Cecilia Valdés» (*La Siempreviva*, 1839).⁵ También de su autoría *La joven de la flecha de oro* y *Teresa* (1841), ambas publicadas de manera independiente, y varios títulos en *Faro Industrial de La Habana* hasta 1847.⁶ Fueron diez años de labor tan persistente como imperfecta, marcadas por un quehacer que avanzaba de un comienzo narrativo a duras penas, hasta alcanzar en esos años cierta naturalidad y destreza.

UNA NOVELA⁷ EN LA SIEMPREVIVA

En julio de 1838 apareció la primera entrega de *La Siempreviva*, revista «Dedicada a la juventud habanera», redacción de Antonio Bachiller y Morales, Manuel Costales, José Victoriano Betancourt y José Quintín Suzarte, con periodicidad mensual. En la «Introducción» proponían «[...] expresar en un estilo ligero las

¹ Ramón de Palma. «La novela», ed. cit., p. 11.

² Roberto Friol. «La novela cubana en el siglo XIX», ed. cit., p. 180.

³ Salvador Arias. «La iniciación narrativa de Cirilo Villaverde», ed. cit., pp. 19-35.

⁴ Se considera la primera novela cubana publicada en forma de libro, pues «tuvo tan buena acogida al aparecer en la revista *El Álbum*, que de inmediato se hizo una edición en la imprenta de Oliva y, a juzgar por la lista de Bachiller, otra al año siguiente en la de Boloña». Ambrosio Fonet. «Literatura y mercado en la Cuba colonial (1830-1860)», *Casa de las Américas*, año 14, número 84, La Habana, mayo-junio, 1974, p. 19.

⁵ La primera parte ocupa las páginas 75-87 y 242-257 del tomo II de la revista.

⁶ Por sus características testimoniales no incluimos como obra de ficción, aunque no desligada de ella, su *Excursión a Vueltabajo*, publicada por entregas (primera parte en *El Álbum*, agosto de 1838) y segunda en *Faro Industrial de La Habana* (a partir del 11 de julio de 1842).

⁷ Así la calificaron los editores.

buenas ideas que de otro modo jamás penetrarían en las masas populares; poner en manos de las señoritas composiciones en prosa y verso que puedan leer sin rubor, ni peligro; estimular con digresiones cortas y científicas la aplicación de los jóvenes que se dedican a las letras y ciencias, y por último publicar nuestras observaciones locales sobre las costumbres, la topografía &c: tales son las miras de la presente».

Sabiendo que contarían «con producciones de literatos y profesores que hermostrarán nuestras páginas», los editores recibieron con agrado la llegada a la redacción de una obra titulada «Cecilia Valdés». Ambos calificativos, profesor y literato, se podían aplicar a Villaverde, quien había impartido clases en el Colegio Real Cubano y en el de Buenavista, de La Habana, y La Empresa, de Matanzas, y probado fuerzas como narrador. Al «relato»,⁸ de dos capítulos, lo acompañaba una nota considerándolo un esbozo, avance de una novela de próxima aparición. Este «boceto» inicial, «tiene autonomía»,⁹ está cerrado, a pesar de su apariencia inconclusa. Friol ha notado que la Cecilia de *La Siempreviva* tiene un tono y contenido inicial que se corresponden mucho más con un artículo de crítica social y literaria que con una novela. Entre otros párrafos de parecido cariz cita el primero de Villaverde: «Hemos oído hablar tanto y tanto contra la sociedad a los escritores franceses señaladamente, y algunos otros imitadores de su literatura, que se nos antoja ver en ella un endriago, una esfinge, un monstruo descomunal que se devora a sí mismo, como la tortuga fuera de su elemento». En el quinto segmento amaga con entrar en materia, «extraña manera –dice Friol– de dar inicio a una narración», y ya en el sexto evidencia el cambio:

Ocurriánnos estas reflexiones, porque nos acordamos que siendo aún estudiantes de filosofía, por los años de 1826 a 1827, casi diariamente nos encontrábamos al paso por la plazuela de Santa Catalina con una niña que entonces apenas tendría arriba de diez años de edad [...] Y verdaderamente el rostro de esta niña singular era un modelo acabado de belleza [...] era más bien delgadita que encarnada; para su edad, más bien baja que crecida; y su cuello visto de espaldas, angosto de arriba y ancho hacia los hombros, formaba una armonía encantadora con el estrecho y flexible talle, que no hallamos poder compararle sino con la base de una copa [...] Las calles de la ciudad, las plazas, las tabernas, los baratillos, las tiendas de ropas, como lo hemos apuntado anteriormente, fueron su escuela; y en tales lugares, por descontado su tierno corazón, formado acaso para abrigar todas las virtudes que hermocean la

⁸ Denia García Ronda. «Las obras menores de Cirilo Villaverde», LCC, p. 41.

⁹ Roberto Friol. «La Cecilia Valdés de *La Siempreviva*», ed. cit., p. 43.

existencia de una mujer buena, recibió las lecciones más pervertidoras, se nutrió con los excesos de lascivia e impudicia que ofrece todos los días un pueblo soez y desmoralizado.

A aquella Cecilia personaje y a la novelada en 1882 solo las diferenciaba la edad: la de 1839 «apenas tendría arriba de diez años»; en la escritura definitiva, alrededor de dieciocho. La Cecilia de *La Siempreviva* «es tanto ser de carne y hueso como un ente de la picaresca [...] es criatura del realismo y del romanticismo, esto es su génesis», subraya Friol. La primera Cecilia no tiene padre ni madre conocidos, aunque se sugiere que el padre era rico y ella vivía con una abuela calambuca, apodada Chepilla, en una casa miserable. Visitó en una ocasión, como en la novela de 1882, la casa de los Gamboa, donde fue agasajada por su belleza; las hijas del acaudalado español comentaron vagamente su parecido físico con algún miembro de la familia; en la versión definitiva de 1882 se supo que era Adela Gamboa. Leocadio, el galán, era presentado como «el primer petimetre de La Habana»: elegante, botarate, mujeriego. El nombre Leocadio está muy cerca al definitivo Leonardo. El de 1839 sedujo a Cecilia, se fugaron y Chepilla murió. Villaverde concluyó aquel inicial relato con la promesa de narrar los pasos de Cecilia Valdés, si regresaba. Y los siguió.

APARECE UN CUADERNILLO MANUSCRITO¹⁰

El lexicógrafo Esteban Rodríguez Herrera, a quien se debe la primera edición crítica de *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* (1953), recibió del historiador Emeterio Santovenia un cuadernillo manuscrito que hoy integra los fondos de la Biblioteca Nacional José Martí. Tiene nueve folios no numerados y en el primero leemos: «*Siempreviva* No. 6 / 2^a». Al dorso: «*Cecilia Valdés* / 2^{da}. Parte». En la nota de presentación escribe Friol: «[...] Por lo anterior se puede llegar a la conclusión de que esta era la transcripción que Villaverde destinaba a la revista».

En la parte superior del segundo folio hay dos líneas tachadas, correspondientes a las palabras finales de la primera parte de *Cecilia Valdés* publicada en *La Siempreviva*. Debajo del último renglón testado, se halla un II entre paréntesis, el cual, por su ubicación asimétrica, hace pensar que fue añadido después de escrita la página, para marcar una división decidida con posterioridad. Debajo de él comienza el texto que reproducimos. Hemos modernizado la ortografía y explanado las abreviaturas. Le hemos adicionado unas notas que tal vez resulten útiles.¹¹

¹⁰ Para acceder al capítulo no publicado de la novela véase *LCC*, pp. 85-92.

¹¹ Roberto Friol. «*Cecilia Valdés* (El capítulo no publicado en *La Siempreviva*)», ed. cit, p. 34.

En este capítulo, «certeramente suprimido por Villaverde» (Friol *dixit*), Chepilla tuvo una hija que era «como un grano de oro», a la que nombró Susana. Abandonada por el marido blanco, fue florista, dulcera, maestra de primeras letras y, por engordar mucho, se convirtió en «ña Chepa la gordiflona». Susana, con dieciocho o diecinueve años, distinguió a un joven rico, lo cual provocó el disgusto de la madre. Escapó con él sin dejar rastro. Pasado el tiempo, una noche, a casa de Chepilla llegó una amiga, Paula Alcalá, rogándole que fuera a atender a una parturienta. Al llegar a la casa, la mujer había parido «con toda felicidad una niña blanquísima como una mota de algodón: asimismo que ya habían ido a avisarle a un caballero, amigo del padre de la niña, encargado de disponer lo concerniente al destino de esta y demás necesario». Chepilla, «sin que pudiera su ánimo, dominado por una fuerza superior y opresora, sacudirse y pensar y arrancar del corazón la garra de un presentimiento secreto», vio sacar del cuarto, en brazos de un negro calesero, una criatura, tras la cual salió «otra figura blanca, esbelta y flexible, suelta la rica madeja de pelo, [que] se precipitó tras él, y le arrebató el niño, al modo que la pantera se abalanza sobre el animal que le roba sus cachorros». Aquella joven «desatentada y frenética» apenas reparó en que una mujer, ya entrada en años, Chepilla, yacía «de largo a largo a sus pies», desmayada, tras reconocer en Susana a su hija. Recuperó la joven a la criatura, volvió para el cuarto ya afiebrada, privado casi el juicio, y «convulsiva, maquinalmente sacó de debajo de la almohada un collarito de coral, con la crucecita de filigrana, y se lo colgó al cuello» a la niña. Aprovechando su estado, esta le fue de nuevo sustraída, envuelta en paños, colocada en una caja de cartón y depositada en las escaleras de la iglesia del Ángel. Cuando en la mañana apareció el padre, comprobó que la encomienda dada al amigo de llevarse a la criatura había sido mal ejecutada, ordenó recuperarla y devolverla a la madre, que no quiso reconocer en la niña a su hija. Enloquecida, narra Villaverde, Susana fue internada en el hospital de Paula: «¡A Paula! ¿Por qué no me la trajeron aquí? ¿Yo no soy su madre? ¿Esta no es su casa?», pregunta Chepilla, mientras le entregaban una «inocente criatura». «Corramos un velo a escena tan terrible [concluye Villaverde]. He aquí dicho en desatinado estilo, cuanto al nacimiento y crianza de Cecilia concierne, y he también trazado un retazo de la vida de su abuela: volvamos pues, a atar los cabos sueltos de tan minuciosa como enmarañada historia».

LA CECILIA VALDÉS O LA LOMA DEL ÁNGEL DE LA IMPRENTA LITERARIA

Poco después de que aparecieran en *La Siempreviva* las dos partes de la «novela», la Imprenta Literaria, propiedad de Lino Valdés, que junto con las de Boloña, Palmer, Arazosa, Soler y otras gozaban de reconocido prestigio, publicó el tomo I –en 4º menor, con 246 páginas y una página litográfica– de *Cecilia Valdés o La Loma del*

Ángel. Su aparición podría formar parte del proyecto de iniciar «una colección de novelas y cuentos originales» –aunque Cecilia ya había aparecido en *La Siempreviva*– plan en el que también se involucró, con bastante desinterés, José Antonio Echeverría.¹² Con buen tino suprimió Villaverde los párrafos iniciales de corte articulista con que iniciaba la *Cecilia* de *La Siempreviva*. Ahora la novela, con ocho capítulos, comenzaba en el quinto párrafo, modificado, pero Leocadio Gamboa era Leonardo Gamboa y otros personajes cobraban mayor cuerpo: Águedo Falcón (convertido en José Dolores Pimienta en la definitiva *Cecilia*...), su hermana Nemesia, Isabel Rojas (después Ilincheta, destinada para esposa de Leonardo), los amigos del joven: Diego Meneses y Pancho Solfa, el esclavo Aponte, el comisario Cantalapedra, Dolores Santa Cruz. Pero el tomo no tuvo continuación. En la de 1882 el nudo dramático siguió el mismo plan trazado años atrás, enriquecido con ambientaciones de la época y otros elementos que le dieron mayor cuerpo a la obra.

UNA NOVELA DISTENDIDA EN EL TIEMPO. EL SILENCIO DE VILLAVERDE
Escrita en La Habana el 9 de septiembre de 1844 –firmada *El de la Vuelta-bajo*–, Villaverde le envía una carta a Domingo del Monte, refugiado en los Estados Unidos, acusado de participar en la conspiración de La Escalera:

[...] en febrero del presente año solté la pluma periodística, y ya es difícil que vuelva a empuñarla. Me encuentro en tal edad de la vida, tan negro veo el porvenir de este desventurado país, i tan insoportable se hace cada día la durísima censura a que estamos sujetos, los que escribimos que sería preciso, o cambiar de ideas i de corazón, o reducirse a no decir más q[ue] frivolidades de teatros, modas, bailes &, i [a] nada de esto me siento inclinado.¹³

No era cierto que Villaverde hubiera renunciado a la pluma, pues para la época en que le escribía a Del Monte era, junto a Bachiller y Morales, activo colaborador de *Faro Industrial de la Habana*. Lo cierto es que en 1846 se hizo sospechoso al gobierno español por sus ideas separatistas. Participó en conspiraciones de propósito anexionista en Trinidad y Cienfuegos, y en 1848 fue detenido y condenado a presidio. En 1849 escapó y se exilió en Nueva York, donde trabajó como secretario de Narciso López hasta la muerte de este en 1851, tras su última intentona de invadir a Cuba.

En tierras norteamericanas, junto a su esposa Emilia Casanovas, desplegó una activa campaña revolucionaria, fundamentalmente en la prensa hispana –*La Verdad*, *El*

¹² Ref.: Carta de José Antonio Echeverría, enero 18, 1839, *Centón*, v. III, p. 303.

¹³ Carta de Cirilo Villaverde, septiembre 9, 1844, *Centón*, v. III, p. 336.

Independiente—, pero silenció su obra de ficción, al menos para el público. En carta escrita en Nueva York, el 11 de mayo de 1873, dirigida a José Gabriel del Castillo (Pepe), expresó: «Es una vergüenza, por no decir otra cosa, que yo demore por más tiempo la contestación a sus cartas [...] Mi falta de impuntualidad es incurable; supongo que ya usted lo sabe. Además de esta enfermedad crónica estoy enredado en la composición de una obra de imaginación que hace más de treinta años comencé a escribir».¹⁴ Quiero suponer que se trate de su novela *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*. Si fuera así, de sus palabras se desprende que es clave el empleo de la forma verbal «comencé»: no había dado por terminado su proyecto, interrumpido desde 1839, cuando apareció el primer tomo en forma de libro; continuaba, pues, rumiando su obra.

Ese mismo año 1873, una confesión permite suponer un nuevo distanciamiento de su novela: «La pereza moral y material me agobia y arruina. No puedo concentrar mis pensamientos».¹⁵ Aquel estado anímico se mantuvo en 1874: «Aprovecho unos momentos de tregua en la guerra de mi vida, para no dar lugar a las censuras frecuentes de V. sobre mi falta de puntualidad. Me cuesta trabajo escribir...».¹⁶ Pero venciendo esa apatía, se sobrepuso y pudo concluir y publicar su obra.

LA IMPRESIÓN DE *CECILIA VALDÉS O LA LOMA DEL ÁNGEL*

Retomo las cartas de Villaverde desde Nueva York, esta vez a su amigo *Julio Rosas*, seudónimo de Francisco Puig y de la Puente. Aportan noticias más fructíferas sobre la novela, todas después de publicada, y algunas anteriores. Sigo el orden cronológico de las cartas según los temas tratados.

–5 de septiembre de 1883: «Para la novela se compró una fundición y tomé un cajista ex profeso para componer la obra y así se gastaron seis meses. Aquí no es más barato que allá».¹⁷ La publicó la Imprenta El Espejo, de Nueva York, donde también se tiraba el periódico de ese título, dedicado a temas mercantiles y comerciales, empleo de Villaverde a partir de enero de 1874.

–Septiembre de 1883: «La publicación de *Cecilia Valdés* me tiene de costo obra de \$1000 duros, y todavía no he podido obtener más de \$200 de su venta».¹⁸

–20 de noviembre de 1883: «La gramática última de la Academia no vino a mis manos sino cuando ya estaba muy adelantada la edición de *Cecilia* y no sabe V. cuánto siento ahora ese percance. Adaptarla a la nueva y sabia ortografía me costa-

¹⁴ «Epistolario de Villaverde». Carta a José Gabriel del Castillo, marzo 11, 1873, *LCC*, p. 114.

¹⁵ *Ibidem*, p. 126.

¹⁶ *Ibidem*, p. 130.

¹⁷ Carta a Julio Rosas. *LCC*, septiembre 5, 1883, p. 150.

¹⁸ *Ibidem*, septiembre 8, 1883, p. 151.

ría hoy tanto como si la editase de nuevo. La letra en que está impresa es del tipo de entredós que llaman *Long primer* en inglés». ¹⁹

–17 de julio de 1884: «No he sacado los costos de la publicación de la mía [*Cecilia Valdés*], aunque ya se han vendido obra de 800 ejemplares y correcciones para una segunda edición». ²⁰

AVATARES DEL MANUSCRITO. LA NOVELA A CONCURSO

–Mayo 8 de 1884: Le recomienda a su amigo Rosas que acorte su novela *La campaña del ingenio*, «descargar aquello que abulta y no hace falta. Así hice yo con el manuscrito de *Cecilia Valdés* y cada vez me alegro más de haber tomado esa resolución. Reduje en un tercio el manuscrito de mil cien páginas». ²¹

–21 de agosto de 1884: «Cuando los Juegos Florales de Matanzas remití a él [Nicolás Heredia], como secretario del Liceo, bajo nombre supuesto, un ejemplar de *C. V.* en las pruebas electrotípicas, para que la presentara al certamen, y, so pretexto de que el plazo para las admisiones había expirado, me devolvió los paquetes sin carta ni más explicación. Él había redactado el programa de los J. Florales, en el cual el artículo sobre la novela rezaba: “Una de la buena sociedad cubana”, y creyendo quizás que la suya [*Un hombre de negocios*] correspondía a ese título y la mía no, negóse a extender el plazo aunque *Cecilia* impresa era más fácil de leer y examinar. Impresa ya la mía, hice que le regalaran un ejemplar en mi nombre al paso que la suya me costó 3 pesos en Matanzas. Después he sabido que ese Heredia es hijo de un excelentísimo señor dominicano (ya muerto) del propio apellido, que hizo armas contra los cubanos en la guerra de separación. No podía, pues, simpatizar conmigo, admitir mi novela en el certamen, ni decir palabra sobre ella en el *Diario de Matanzas* de que es el director». ²²

En carta anterior (17 de julio) opina de *Un hombre de negocios*: «... en mi concepto no merecía ni el accésit que obtuvo, aunque está bien escrita. No suena en La Habana. Yo tuve que encargarla a Matanzas». ²³

VILLAVERDE EVOCA SU NOVELA

–Agosto 11 de 1883: «Entretanto, permítame que le dedique un ejemplar de mi novela *Cecilia Valdés* como débil testimonio del aprecio que me merecen las altas

¹⁹ *Ibidem*, noviembre 20, 1884, p. 165.

²⁰ *Ibidem*, julio 17, 1884, p. 163.

²¹ *Ibidem*, abril 24, 1884, p. 161.

²² *Ibidem*, agosto 21, 1884, p. 164.

²³ *Ibidem*, julio 17, p. 163.

prendas de saber y patriotismo que adornan a V. y le distinguen entre los periodistas de mi desventurada patria».²⁴

-Septiembre 5 de 1883: «Me ha llenado de un regocijo profundo el haber dado con un paisano que comprende y celebra mi novela más allá de lo que yo era capaz de esperar a imaginar. Pero V., amante de su patria, estudiando los mismos asuntos que yo,²⁵ no ha podido menos de verlos y juzgarlos con el entusiasmo, el amor y el criterio del autor de *Cecilia Valdés*, que los ve a través de los mares y que vive de sus recuerdos. La diferencia está solamente en el tono que ambos damos al cuadro: el de V. es menos sombrío y triste que el mío. [...] No es fácil que yo vuelva a escribir otra novela por el estilo de *Cecilia Valdés*, sobre estar viejo y cansado, me parece agotada la materia al alcance de mis facultades novelescas cubanas [...]».²⁶

-Noviembre 1^{ro}. de 1883: «Creo que leyéndola [*Cecilia Valdés*] las cubanas de hoy entenderán mejor lo que fueron sus madres y tías de medio siglo ha, las cuales a pesar de su virtud y de sus humanitarios sentimientos estuvieron condenadas a presenciar los horrores de la esclavitud doméstica y civil de sus esclavos, maridos, hijos y hermanos».²⁷

VILLAVERDE PREPARA UNA SEGUNDA EDICIÓN, NO MATERIALIZADA

-8 de mayo de 1883: «No sé cómo agradecer bastantemente el interés que V. se toma por mi novela. A V. se debe sin duda la salida que ha tenido en ese pueblo. Preparo ahora las correcciones y alteraciones para una 2^{da}. posible edición».²⁸

-20 de noviembre de 1884: «Mi *Cecilia* le ha gustado mucho a Máximo Gómez y ayer nada menos le remití a Nueva Orleans 4 ejemplares que me pidió. Mientras estuvo aquí le hizo varias visitas a mi señora, a la cual considera como la gran patriota cubana».²⁹

En 1884 refería Villaverde a su amigo Rosas: «Escribo de sol a sol»,³⁰ pero más que obras nuevas, como se desprende de estas cartas, trabajó sobre las ya publicadas

²⁴ *Ibidem*, septiembre 5, 1883, p. 149.

²⁵ Rosas era un prolífico novelista cuyas obras hoy apenas tienen significación. Entre ellas: *La tumba de azucenas* (1856), *Julia, la hija del pescador* (1859) y *La campana de la tarde o Vivir muriendo* (1873).

²⁶ *Ibidem*, p. 150.

²⁷ *Ibidem*, p. 152.

²⁸ *Ibidem*, p. 161.

²⁹ *Ibidem*, noviembre 20, 1884, p. 166. La estimación de Máximo Gómez traducía el interés de los lectores patriotas que protagonizaron las luchas independentistas. Tenían la novela como ejemplo de los vicios y el horror de la sociedad colonial que debían derrocar.

³⁰ *Ibidem*, mayo 8, 1884, p. 161.

como *El guajiro*, su «novela favorita [...] porque me recuerda la época más dichosa de mi juventud pasada en S. Diego de Núñez donde me crié». ³¹ Pero en carta de mayo 31 de 1886 le dice: «Preparo entretanto otra obra que estoy seguro a V. le ha de gustar mucho. Está en su cuerda y en la mía. Se imprimirá aquí y V. será el primero que la lea allá». ³² Fue un proyecto irrealizado.

LOS DÍAS FINALES DE CIRILO VILLAVERDE

«[...] mi vida es cada vez más triste, aunque no tengo padecimiento alguno físico», ³³ reconocía a finales de 1890. El 13 de marzo de 1891 escribió a Julio Rosas:

[...] mi vida es un tejido largo de males morales. Con los años se agolpan los recuerdos de cómo he malgastado en sueños patrióticos y literarios cuando pudiera haber sido útil a la humanidad y a mí mismo siguiendo otros derroteros. La vejez además pesa ya como una losa sobre mi cabeza y mi corazón y tengo que hacer un grande esfuerzo para corresponder a las muestras de cariño de mis caros amigos y parientes». ³⁴

El otoño de 1894 fue algo frío y húmedo en Nueva York. El 23 de octubre de 1894 la losa cayó sobre el cuerpo de Cirilo Villaverde. Las manos que escribieron *Cecilia Valdés* o *La Loma del Ángel* dejaron de batallar para siempre. Sus restos reposan en el cementerio de Colón, en La Habana.

VILLAVERDE O EL GRADO FIERO DE LA ESCRITURA

¿Se sintió realizado Cirilo Villaverde con su producción literaria? No lo sabemos, pero de sí mismo emergió la opinión, mencionada antes, de que su relato *El guajiro*, aparecido en 1842 en *Faro Industrial de La Habana*, era su obra más querida. ³⁵ Había asistido, quizás con menos asiduidad que Félix Tanco, Ramón de Palma o José Antonio Echeverría, a las tertulias literarias de Domingo del Monte en el entresuelo de la casa de su suegro, Miguel Aldama, en la calle Habana. Sin embargo, las cartas del *Centón epistolario* de Del Monte, correspondientes a los años de 1836 a 1840, período

³¹ *Ibidem*, septiembre, 1886, p. 173.

³² *Ibidem*, mayo 31, 1886, p. 170.

³³ *Ibidem*, s. f., p. 178.

³⁴ *Ibidem*, marzo 13, 1891, p. 179.

³⁵ La obra, con antecedente en «Amoríos y contratiempos de un guajiro» (1839), fue publicada en 1890, de manera independiente, en La Habana, por la imprenta La Lucha, y el 27 de octubre de 1894 como folletín del periódico *La Discusión*, apenas cuatro días después de su deceso.

prolífico en la vida literaria de Villaverde si tenemos en cuenta las aún escasas producciones narrativas cubanas en aquellos años, no aluden a ninguna de sus obras.³⁶ A diferencia de lo ocurrido con «Una pascua en San Marcos» (*El Álbum*, 1838), de Palma, que desató una gran polémica, tanto pública como privada,³⁷ sin dudas mejor novela que la «primitiva» *Cecilia*, que no provocó interés crítico. Con la edición definitiva de 1882 ocurrió lo contrario, una buena recepción, generalmente laudatoria.³⁸

La vida de Villaverde fue bastante tranquila entre 1834 y 1845, volcada de lleno a las actividades literarias y docentes. En 1846 comenzó a involucrarse en movimientos políticos que cambiaron el rumbo de su vida y hasta su residencia, pues se asentó en los Estados Unidos desde 1848, salvo cortos viajes a la Isla en la década de 1880, hasta su muerte. Su labor literaria fue concentrada (1837-1846) y discontinua (1847-1882), devolviéndose a ratos a su *Cecilia*. Tras la aparición de esa novela solo publicó en forma de libro: *Palenques de negros cimarrones* (San Antonio, ¿Habana?, 1890) y una reedición de *Excursión a la Vuelta Abajo* (La Habana, 1891).

Su obra literaria –mayoritariamente periodística, nunca recopilada– da cuenta de que la escribió sintiendo muy de cerca la respiración de Cuba, sus campos y ciudades. Su gran novela recoge el aliento de La Habana en los primeros decenios del siglo XIX. Años después, Alejo Carpentier, retro trayéndose al XVIII, entregó la misma ciudad en *El siglo de las luces* (1962) y Guillermo Cabrera Infante en *Tres tristes tigres* (1964), sobre los años cincuenta del XX. Son las tres grandes ofrendas literarias a la capital cubana.

A diferencia de otros contemporáneos suyos, por largo tiempo no fue Villaverde un narrador de contrastes, afirmación que se viene abajo en su novela mayor. Entre

³⁶ A excepción de un brevísimo y elogioso comentario sobre la *Cecilia* de *La Siempreviva* (carta a José Luis Alfonso, 10 de febrero de 1839), Del Monte no evidenció un interés mantenido por la producción villaverdeana. Reynaldo González cita esa carta en el texto introductorio a esta edición.

³⁷ Véase la citada edición crítica de esta obra y de *El Ranchador*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2008.

³⁸ Una revisión de la bibliografía pasiva selectiva de la ficha del autor en el tomo II del *Diccionario de la literatura cubana* (1984) informa de las siguientes críticas: Juan Ignacio de Armas, en *El Museo*. La Habana, números 47 y 49 correspondientes a octubre 21 y noviembre 4 de 1883, pp. 133-134 y 149-150, respectivamente; la sección «Miscelánea» de la *Revista de Cuba* (n. 15, 1884, p. 384), «Pocos ejemplares», se refiere a la exigua cantidad llegada a Cuba; Manuel de la Cruz la menciona en su *medallón* dedicado a Villaverde en *Cromitos cubanos* (1892); Diego Vicente Tejera la reseña en 1886 en la *Revista Cubana* (n. 4, pp. 534-541); la opinión del propio Manuel de la Cruz y la de Benito Pérez Galdós, publicadas en *La Ilustración Cubana* (n. 17, junio 20, 1887, pp. 184 y 186-188) y las alusiones indirectas de Martí en la citada nota necrológica y, con similar carácter la debida a Enrique José Varona (*El Fígaro*, n. 39, noviembre 4, 1894, p. 514). Igualmente el folleto *Las novelas del Sr. Villaverde* (1892), de Martín Morúa Delgado, plagado de juicios generalmente torcidos e injustos. Otros muchos ensayos y libros han aparecido en fecha posterior. Véase Bibliografía citada y consultada.

los muchos valores que muestra esta obra –costumbrista en sus más amplias variantes, desde la moda hasta las comidas; histórico, social, político, arquitectónica, musical–, uno de los más gananciosos es el de las diferenciaciones de todo tipo que retrata, las férreas divisiones clasistas del tiempo que le correspondió vivir. Si Ramón Meza con su magistral *Mi tío el empleado* (1887) brindó, en palabras de Martí, «una mueca hecha con los labios ensangrentados», Villaverde, desde otros ángulos y otra luz, entrega diferentes tipos de gestos que, indirectamente, pero con una percepción casi corpórea, traen a sus páginas la historia de Cuba entre 1812 y 1831 –sin que cumpla los requisitos de novela histórica–, y entrega un verdadero racimo de personajes sin que sea una novela de tales, pues ni siquiera Cecilia y Leonardo, ejes de la trama, pueden estimarse significativos en esta categoría. La mejor definición de *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* la dio su propio autor: novela de costumbres. Lo es porque está marcada por una tenaz búsqueda de la objetivación y, a diferencia de la de Meza, no escruta en la ironía, tampoco se regodea en el conflicto último del argumento –el incesto entre los hermanastros Cecilia y Leonardo–, sino desarrolla una dramaturgia que impone un nivel de lectura máximo, la sociedad habanera en su conjunto, y varios niveles mínimos, meandros de un gran río, uno solo, que le interesa destacar.

El avance de la novela no lo concibe Villaverde siguiendo un desarrollo lineal. Así pudo recrear los enmarañados desvaríos de Cecilia y Leonardo para, al final, asumir este romance como un capricho más. Juega con el tiempo real –1812-1831– y se toma libertades cronológicas recibidas con ácidas críticas por Martín Morúa Delgado. En la consecución de su propósito deja correr la pluma hacia el «futuro»: el fusilamiento del poeta Plácido, en 1844, durante la represión de la llamada Conspiración de La Escalera, y de ese modo accidenta el rigor cronológico. Tenía en sus manos no una historia que narrar, sino un universo que pesaba sobre sus espaldas y del cual quería aligerarse mediante la página escrita.

La Habana era «el mundo» para Villaverde, que ausente aún en la *Cecilia*, de *La Siempreviva*, asomó ampliamente en el primer tomo de 1839 y se explayó en la versión definitiva de 1882. Los años que fueron de 1839 a 1882, cuarenta y tres, bastaron para que Villaverde evocara una ciudad que «vivió» desde los once a los veintiséis. Desde el exilio, y a trompicones, volvía en el recuerdo a sus calles, murallas, plazas, iglesias, sus habitantes, sus fiestas –las de pobres y las de ricos–, las cunas y los bailes en la Filarmónica, los paseos por la Alameda, los quitrines, los olores de las tortillas en la fiesta de San Rafael, los esclavos en el cepo... No obnubilaron su mirada las brumas de Nueva York o Filadelfia, porque se sintió persistentemente arropado por la Plaza de la Catedral habanera para ver salir a los jóvenes del cercano Seminario de San Carlos.

En *Cecilia Valdés* nada pertenece al reino de las sutilezas, sino al dominio de lo diáfano con sus manchas, sus grandes manchas, desde el capitán general Vives cuidando sus gallos en terreno anexo al palacio donde ejercía sus fueros, o el asentado vicio del juego, la belleza de los cafetales de Artemisa, zona tan bien conocida por él. Pero no hay imágenes planas, sino visiones contradictorias, santo y seña de una convulsa sociedad. Diferencia los tejidos con que se visten sus personajes: las sedas y encajes de las Gamboa, y la tela de carranclán o de yoco que vestían los esclavos; la mesa opípara, sembrada de platos criollos, pero también la garbanzada para complacer al español Cándido Gamboa, o el tasajo y la harina cocinados para los esclavos en los barracones.

Tampoco se respira en la novela un dramatismo que «teatralice» el conflicto. El punto de mira de Villaverde es un entrelazamiento donde confluyen las motivaciones de los personajes, los diálogos a veces entrecortados, otros más desarrollados, que en escasas oportunidades exponen los móviles de la trama al desnudo, o acaso los insinúan al paso, en una progresión que a veces se torna lenta, aunque se acelera en un imprevisible final que, lamentablemente, se precipita y se resuelve en un santiamén. ¿Agotado, hastiado Villaverde de su obra? Si así fuera, sería acaso justificable. Fueron demasiados años mordisqueando sobre lo mismo.

En *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* hay una sola puerta algo más difícil de atravesar, no imposible, que Villaverde, con ciertas habilidades, escamotea, insinúa, hurta, pero que el lector pronto descubrirá para saber que Cecilia y Leonardo son medio hermanos. Traspasado ese umbral, y cuando apenas le quedan unas cuartillas para concluir, se despeña para cerrarla. Cuando Cecilia le grita a Pimienta, ya alejándose para cumplir su orden, «¡José! ¡José Dolores! ¡A ella, a él no!!», se sella el destino de Leonardo Gamboa, muerto por una mano mulata que surge de la sombra. Sella el destino Cecilia, que guarda prisión por complicidad en el crimen, y también el destino de Isabel Ilincheta, retirada a un convento. Villaverde ha concluido. Sin vendavales ni ruidos. Ha cesado su «hambre». Lo ha dicho todo, o, mejor, ha expresado lo que le interesaba. Si concluye de un golpe, poco importa. Su desempeño como el autor de la novela emblemática del siglo XIX cubano queda legitimado. Esta obra muestra el talento y la persistencia de quien sabía, o presentía, que de sus manos había nacido una materia viva, que debía modelar para la posteridad.

CIRA ROMERO